
LA DINASTÍA DE LOS PIEDRA

POR

PRUDENCIO ARNOLD

RECTIFICACIONES HISTÓRICAS AL FOLLETIN DEL DOCTOR E. ZEBALLOS

TITULADO:

DINASTÍA DE LOS PIEDRA

Fragmentos de un libro inédito

BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LOS TIEMPOS»—SAN MARTÍN. NÚM. 246

1894

LA DINASTÍA DE LOS PIEDRA

POR

PRUDENCIO ARNOLD

RECTIFICACIONES HISTÓRICAS AL FOLLETIN DEL DOCTOR E. ZEBALLOS

TITULADO:

DINASTÍA DE LOS PIEDRA

Fragments de un libro inédito

BUENOS AIRES

—
IMPRESA DE «LOS TIEMPOS»—SAN MARTIN NÚM. 246

—
1884

PRELIMINAR

SUMARIO:—Preliminar—Antecedente—El motin del 1º de Diciembre—El desastre en Laguna Colorada—Molina y Mesa—La sorpresa de las Palmitas—El combate de la Guardia del Monte—Encuentro en las Bistacheras—Muerte de Medina y Mingorena y trágico fin de Rauch—El Coronel Granada—Ataques inoportunos al General Rosas—El Sargento Mayor Dn. Estanislao Zeballos y el Ayudante D. Andrés Costa de Arguibel.

Después de haber servido honradamente á mi patria, cumpliendo fielmente mis deberes en los honrosos cargos que desempeñé, tanto en las luchas que han conmovido tantas veces el país, como en las fronteras, donde el salvaje asechaba todo vestigio de civilización y progreso para destruirlo; después de todo esto, repito, retíreme por completo á la vida privada, consagrando los últimos años de mi vida á reparar mi fortuna y á educar mis hijos.

Léjos estaba, pues, de mi, la idea de ocupar en adelante la atención pública; pero removidos asuntos históricos en términos que no están ajustados á la verdad, un deber de rectitud y de patriotismo me obligan á tomar parte en ellos para rectificarlos: me refiero al folletín que bajo el título de «Dinastía de los Piedras», está publicando en *La Tribuna Nacional* el Ilustrado Dr. Don Estanislao Zeballos. En dicho folletín se refieren hechos que se relacionan con épocas en que he sido actor y espectador.

Voy, en ese concepto pues, á permitirme rectificar varios puntos del mencionado folletin, prestando así un nuevo servicio á mi país, y á la juventud que tiene el deber de conocer la verdad, histórica de nuestras luchas internas que tantos sacrificios han costado á la Nacion.

Debo confesar préviamente que no leo folletines, y que si llegó á mi conocimiento la publicacion del Dr. Zeballos fué sencillamente por aviso que me diera uno de mis hijos, en virtud de relacionarse los episodios referidos en ella, con la época en que tuve la fortuna de prestar mis servicios á mi país.

Léjos de mi la intencion de dañar al reputado escritor Zeballos, á quien no tengo el honor de conocer, y á quien supongo la mejor buena fé al historiar los hechos consignados en su folletin, valiéndose de referencias ó de datos que no son rigurosamente históricos, pero de cuya veracidad no podia entrar á sospechar, siendo su único móvil tal vez escribir algunas páginas en beneficio de las generaciones nuevas, que no han alcanzado á medir las luchas feroces, durante tres siglos que la civilizacion ha sostenido contra la barbarie de las Pampas.

No hay duda pues, que la fuente donde el Dr. Zeballos ha tomado *Los fragmentos de un libro inédito*, ha estado turbia, á juzgar por los grandes errores y las injustas y exageradas apreciaciones hechas respecto de hombres cuyas hazañas seria mejor no recordar, ni confundir por lo mismo las personalidades actoras en las épocas á que dicho trabajo se refiere.

Respetamos la memoria del Coronel Rauch, y reconociendo sus meritorios servicios, cùmplenos advertir al Dr. Zeballos que sobre los servicios de este jefe y del Coronel Granada, versarán las rectificaciones de nuestra primera parte, así como de todo aquello que se relacione con la parte histórica á rectificar.

A fin de que los resplandores de la verdad alcancen y convenzan á todos, vamos ha hacer la historia de una de las épocas de los servicios del valiente Coronel Rauch y el trájico fin que tuvo, este jefe que no tuve la fortuna de conocer personalmente.

Para mejor inteligencia y antes de entrar en el campo de las rectificaciones, reproduciré la parte del folletin VI del Dr. Zeba-

llos, para mejor constatar los errores trasladándome al teatro de los hechos, que en aquel se relacionan.

«Las paces del *Pino* y estos testimonios de ealtad eran sin embargo, *paces* y lealtad de indio!

Mientras Rosas podía disponer desembarazadamente de sus regimientos de caballería con Rauch y con Granada á la cabeza los indios eran además de leales amigos, activos auxiliares contra los Salvajes Unitarios en cuya persecucion desplegaban una ferocidad tan en armonía con los hábitos de la Pampa, como con el sistema político del Tirano.

Figuraban, en consecuencia, en las listas de los buenos y leales servidores de la Santa Causa, que recibían en premio las haciendas de los unitarios inmolados en medio del delirio sangriento y abominable de 1840.

Cuando acosada la tiranía por la alianza de los sitiados de Montevideo con Francia é Inglaterra, necesitó desplegar en línea varios ejércitos regulares, para batirse con escuadras y con tropas valerosas, los indios olvidaron los tratados y Cazulcurá, el enviado de Dios que había inmolado á Rondeau por su infidelidad al Cristiano y había solicitado el cintillo federal, volvió sus armas contra Rosas, y las fronteras de Buenos Aires, de Santa Fé y de Cuyo fueron recorridas en aire de *malon*, saqueadas á Sangre y fuego, inmolados centenares de vecinos y arrastradas sus familias á una cautividad horrenda.

El general Pacheco expedicionó al Sud en 1846 y logró restablecer el prestigio de las armas del tirano sobre las hordas feroces, que apercibidas de la paz con el extranjero, vorvieron á inclinar sus lanzas ante Rosas y formaron en las filas de los suyos, hasta el día de Caceros, donde sucumbió la Barbarie y retoñaron la Libertad y la Civilizacion de los argentinos.»

Para llegar al punto controvertido, necesito hacer algunas referencias retrospectivas para esclarecer el papel que en la época desempeñara el Coronel Rauch.

En efecto: el 1^o de Diciembre de 1828 tuvo lugar el motin militar en Buenos Aires encabezado por el General Lavalle: El día 9 del mismo mes, formando yo en las filas que permanecían leales al gobierno legal, nos derrotò en Navarro.

Al día siguiente, si no recuerdo mal, se reunió el Gobernador Dorrego á los *húsares* que campados en las Saladas, entre el Salto y Rojas; estaban á las órdenes del Sr. General D. Angel Pacheco.

Los Comandantes, Escribanos y Acha se sublevaron poniéndolo preso como así mismo al Gobernador, á quien llevaron á Navarro, donde fué fusilado el 13 del mismo mes.

El que suscribe, con dos Alferes más y treinta y tantos milicianos, no pareciéndonos bien reconocer la autoridad del General Lavalle, levantada sobre un motin militar, nos internamos al Sud. Nuestro grupo fué diariamente aumentando con la incorporacion de muchos vecinos. formando un campamento de consideracion en la Laguna Colorada, donde tambien se nos reunieron algunos grupos de indios amigos, al mando de Molina. Toda esta fuerza obedecia á las órdenes del Mayor D. Manuel Meza.

Habiendo llegado á formalizar la base de un cuerpo de operaciones sobre la de los treinta y tantos milicianos referidos, interesamos la atencion del General Lavalle, el cual poniéndose á la cabeza de la fuerza marchó á disolvernos; lo que consiguió, en la madrugada del 29 de Febrero del año siguiente, sorprendiendo nuestro campamento. Esta sorpresa nos ocasionó bastantes muertos.

Meza, Medina y los restos que pudieron reunírseles despues de desastre, marcharon en direccion de la frontera, buscando la incorporacion con el General Rosas, que se hallaba á la sazón en Santa Fé. En la marcha hubo necesidad de atacar el paso, de la Guardia Blanca, lo que se efectuó, tomando toda la guarnicion y continuando la marcha.

En las Palmitas situadas á 3 ó 4 leguas del pueblo del Pergamino, fueron sorprendidos por los *húsares*, resultando prisionero Meza y siendo rescatado D. Zenon Videla que desde la Guardia del Monte traian en calidad de prisionero.

El resto que escapó volvió á ser sorprendido antes de pasar el Arroyo del Medio, donde es hoy la estancia del Sr. La Serna.

El Mayor Meza fué conducido á Buenos Aires, degradado y fusilado en la plaza del Retiro, junto con el Sargento Correa.

Yo y mis compañeros no pudiendo reunirnos al Mayor Meza, hicimos rumbo para los montes del Tordillo.

El General Lavalle regresó dejando al Comandante Estombar

en Dolores, con la fuerza que consideró suficiente para pacificar la campaña Sud.

En seguida se fortificaron en la Guardia del Monte, dos compañías de cazadores y un escuadrón de colorados de las Conchas, con alguna milicia, comisarios y celadores de Buenos Aires.

Después de algunos días, empezamos á acercarnos y á molestar al Comandante Estombar, y mas seguido, cuando supimos que con infantería y artillería quería tomarnos, siendo así que éramos pocos y livianos.

Las marchas y contramarchas que le obligamos á hacer, y los golpes en falsos en que incurria cuando creia inerrables, le hicieron perder la cabeza, é irritándose más y más, hasta que llamó á su presencia al Sr. Segura mayordomo de la estancia *Las Vívoras*, de Anchorena, bajo la adminstradion del General Rosas, para que le diera datos y noticias de nosotros. Segura nada sabia, porque nosotros no queríamos comprometerlo: pero Estombar no estando conforme con la ignorancia é inocencia, de Segura, lo ató sobre la boca de un cañon, y lo fusiló á cañon.

Después de este hecho hizo venir á otros paisanos con igual intento; es decir, para informarse sobre nosotros, más como declarasen que nada sabian, los mató á hachazos por sus propias manos, hasta que se manifestó en él la locura, y fué á morir encerrado en el manicomio de Buenos Aires.

Transcurrió así algun tiempo hasta que caimos de improviso sobre la «Guardia del Monte», penetrando hasta las calles del pueblo, donde fuimos rechazados, retirándonos hasta pasar el Salado, para volver otra vez, como lo hicimos, sitiando al pueblo con guerrillas, y pensando en retirarnos otra vez por la noche, sin ser apércibidos por la guarnicion de la fortaleza.

A la puesta del sol, se pasó á nuestras filas el trompa Marin, del cuerpo de Blandengues. De él obtuvimos importantes datos los que nos sirvieron para disponer ciertas operaciones.

En este concepto se dispuso el ataque para la mañana siguiente.

Así que aclaró un poco, se puso en movimiento el Comandante D. Francisco Sosa, organizando y distribuyendo las líneas de ataque. Llevaban estas órden de intimacion para la guarnicion

de la Guardia del Monte. «Exigir el desarme completo de la tropa y su entrega á las fuerzas sitiadoras. Los jefes y oficiales quedarían con sus armas dándoseles pasaporte para el paraje que más les agradase. En cuanto á la tropa, ésta quedaría en completa libertad.» Tales eran las instrucciones que tenia al respecto el Comandante Sosa.

Mientras se esperaba el resultado se señaló á cada escuadron, la calle por donde debia penetrar hasta una cuadra de la plaza; desmontar allí la mitad de la fuerza y avanzar peleando, hasta que se tocase ataque, en cuyo caso avanzaria la otra mitad de caballería.

Trascurrido el tiempo necesario, regresó el Comandante Sosa, diciendo que lo habian recibido á balazos. No sé por qué sentimiento, esto me alimentó cierta duda.

Sin embargo, se ordenó la marcha á tomar posiciones, lo que efectuamos, ocupando cada cual el puesto designado.

El ataque comenzó.

Mandaba en jefe la operacion, el Teniente Coronel D. Miguel Miranda, considerado como el menos apto y mas ambicioso.

Pasadas dos horas se dió la señal de ataque y avanzamos sobre la plaza, siendo rechazadas las caballerias en desórden. Volvimos despues á iniciar en grupos un nuevo ataque haciéndolo cada grupo en la forma que mejor le cuadraba.

El combate se prolongaba. Como á las 3 ó 4 de la tarde pasamos el foso y salvándose solamente 11 hombres y una mujer de la guarnicion, la mayor parte heridos; quedaron todos los demás muertos.

Es sensible que hombres tan valientes como los que murieron en la Guardia del Monte, la historia los haya olvidado y la posteridad ignorado completamente.

En esa época los Generales Lavalle y Paz habian marchado para Santa-Fé á batir á los Generales Lopez y Rosas, quedando de comandante general de la campaña el coronel D. Federico Rauch, que permanecia en el Salto.

Cuando supo el desastre acaecido á los atrincherados de la Guardia del Monte, se dirigió á aquel punto á marchas forzadas, llevando los regimientos; *Husares* á su inmediato mando, al N.º. 4

dos escuadrones de corazeros y otros piquetes de milicias obedeciendo las órdenes de los coroneles D. Anacleto y Nicolás Medina, Mingorena y otros.

Una madrugada, así como al despuntar la aurora, penetró una parte de esas fuerzas por las calles del pueblo, matando á los hombres que encontraron allí y algunos más que fueron alcanzados á distancia de dos leguas.

Ese día las fuerzas de Rauch camparon á orillas de la laguna denominada «Las Perdices» situada á una legua del pueblo, donde dejaron siete hombres fusilados.

Rauch entró á perseguirnos activamente.

Nosotros íbamos en retirada buscando la incorporación de los indios que del Azul traía el Coronel D. Ventura Miñana.

Por fortuna nos encontramos y reunimos en «Las Viscacheras» á ocho leguas de la Guardia del Monte, al Sud del Salado.

Allí hicimos la operacion de mudar caballo con bastante precipitacion, porque el enemigo empezaba á avistarse y se conocia que apresuradamente trataba de alcanzarnos. Sin haber concluido de cambiar nuestras cabalgaduras, y con los indios mandados por los capitanejos Mariano y Nicasio Maciel, que acababan de llegar con el coronel Miñana, nos volvimos en direccion al enemigo, avanzando sobre él como veinte cuadras, hasta producirse el choque, en un campo alto, y lleno de *cortaderas*.

Mandaba nuestras fuerzas el coronel D. Juan Aguilera como gefe, y D. Bernabé Sal como segundo.

Este sangriento combate nos dió por resultado la mas completa victoria.

Quedaron muertos en el campo de la accion, de parte del enemigo los coroneles D. Anacleto Medina y Mingorena, y poco despues el gefe de la division D. Federico Rauch cuando trataba de escapar.

El cabo de Blandengues, Manuel Andrada, que dos dias despues fué hecho teniente, le boleó el caballo y á esa circunstancia debió su muerte aquel gefe.

Detenido así Rauch, vino hasta él el indio Nicasio Maciel y lo bajó del caballo tomándoselo ensillado. Era un corcel *gateado*, de buena estampa ranquelino.

Así murió, pues, Rauch, el año 1829.

El teniente Andrada fué despues ascendido á capitán, manteniéndose á mis órdenes durante nueve años en las fronteras de Santa-Fé, y asistiendo mas tarde con el señor General Mitre á la batalla de Pavon, en la que el intrépido Teniente Coronel D. Eusebio Laprida, con su valor de siempre, no lo detuvo el trabucazo disparado por el trompa del señor Coronel Machado, que le sacó el kepí para continuar alentando á sus soldados, siguiendo adelante hasta obtener con su regimiento la mayor parte del triunfo sobre las fuerzas de caballerias enemigas que formaban el ala derecha. Producida la derrota, las tropas de Laprida siguieron la persecucion del enemigo en la cual este gefe alcanzó al Capitan Andrada, salvándole la vida como hace todo valiente con el rendido.

Respecto del indio Maciel, debo decir algo que interesa.

Nicasio Maciel nació en San Borombon, y perteneció á la familia de su nombre que allí existió; fué cautivado por los indios siendo muy pequeño. Entre ellos se crió tomando ascendiente hasta que alcanzó la categoría de capitanejo de prestigio en la tribu de Catriel.

Maciel murió despues en la batalla de Caseros sin desmentir su valor, formando siempre en las filas de los ejércitos del General Rosas.

Despues de aquel hecho de armas en que sucumbieran Rauch, Medina y Mingorena,—marchamos en direccion al Puente de Márquez, encontrándonos en la batalla de los campos de Alvarez, que tuvo lugar el 26 de Abril de 1829.

No creo del caso entrar en los pormenores de este nuevo combate, desde que mi objeto no es otro que referir aquellos sucesos en que principalmente figuran Rauch y el capitán Granada, que el historiador doctor Zeballos hace figurar como instrumentos del General Rosas para exterminar á sus enemigos, cuando es evidente que el primero moria figurando en las filas opuestas que luchaban en su contra, y el segundo alcanzaba el grado de Coronel y era nombrado gefe de fronteras, ocho ó nueve años despues de la muerte de Rauch, con quien militó en su tiempo.

Al terminar aquí mi primera rectificacion, quisiera que el doctor Zeballos explicára cómo ha podido figurar el coronel Rauch en las

filas de Rosas, al lado del coronel Granada, nueve ó diez años despues de haber muerto.

Respetamos los milagros que se atribuyen al Divino Maestro, pero no créemos que el señor doctor Zeballos tenga el don de aquel para hacer resucitar y figurar personas, diez años despues de haber fallecido. Verdad es que á un literato le es mas fácil aumentar ó disminuir honores sobre el papel, que á un militar ganarlos en el campo de batalla ó hacer una retirada honrosa, que importa una batalla ganada, como la que emprendieron los vencidos en Cepeda hasta San Nicolás, mandados por el General Mitre.

Perdone el doctor Zeballos, esta franqueza de soldado.

Otra rectificacion me permitiré anotar en este capítulo.

El doctor Zeballos en el calor de su fantasía por describir hechos y citar personajes que no han actuado en las épocas á que se hace referencia y vice-versa, no recuerda sin duda que su señor padre, el patriota, el honrado sargento mayor D. Estanislao Zeballos, figuró en las filas de los sostenedores del General Rosas hasta el año 1851, siendo mi compañero de ejército, lo mismo que su respetable padre político D. Andrés Costa de Argibel, mi compañero de regimiento y de fatigas por 10 años.

Esos patriotas y muchos otros figuraron, es verdad, en las luchas de *los buenos y leales servidores de la santa causa*, como dice el doctor Zeballos, pero jamás recibieron en premio de sus servicios, las haciendas de los unitarios, á menos que su señor padre y suegro, hayan aceptado esos premios, lo que yo ignoro completamente. Pero tengo la conviccion de que no ha sido así, y por lo mismo no tendria inconveniente en desmentir al que sustentase juicios tan temerarios, respecto de esos dos servidores del General Rosas, y de tantos otros patriotas, gefes de esa época.

El General Rosas, nunca dudó de mi fidelidad á su Gobierno; sabia tambien que yo era pobre, y nunca me dió estancia ni cosa alguna perteneciente á los unitarios.

Terminaré aquí esta rectificacion, que me he visto en la necesidad de extender en detalles para dejar bien establecidos los hechos y la verdad histórica, en homenaje á la memoria de los actores que figuraron en aquel tiempo, y en beneficio de la juventud estudiosa de la actualidad.

II

SUMARIO:—Consideraciones—Carreras y Pincheira. La guerra de aquellos tiempos—La civilización indígena—El cacique araucano Venancio Coñoepan—Leumilla Numismática Pampa—Estrategia del General Rosas—El cima en las tribus—Batalla del Quebracho Herrado—Baigorria Gorordo y Saá emigran á los toldos—Proteccion de Rosas á los Saá—La vida de Baigorria entre los indios—El Treguá—El cacique Pichum—Payné—Casamiento de Baigorria con la hija de Coliquéo—La invasion del año 1842, y la de Monte Flores—El papel de Baigorria entre las tribus—Los Saá en los *malones*—Baigorria en Cepeda—Coronelato por Urquiza—Mision al Rio 4^o—Convencion con los indios—Sus traiciones—Su emigracion de los toldos—Pavon—Su conducta en esa batalla—Su derrota—En el Pergamino—Incidentes despues de Pavon—El General Virasoro—El General Hornos—Laprida, Lamela y Lopez Jordan—El Sitio del Pergamino—Peripecias—Combinaciones y planes—El Comandante Zamora—El papel de Baigorria—La calamidad de las fronteras.

Entraré ahora en otro orden de rectificaciones, de falsas acriminaciones y adulteraciones de hechos en que incurre el ilustrado Dr. Zeballos, en su empeño de hacer de un bandido, un héroe, apoyando sus juicios en los juicios del General Sarmiento, sobre algunos hechos de Baigorria que tuvieron por teatro el Pergamino despues de la batalla de Pavon; hechos referidos por el autor de la «Dinastía de los Piedra» con malos informes y peores inspiraciones. Preciso es entonces, que la verdad se conozca, y que cada uno cargue con la responsabilidad que le cupo en aquellos acontecimientos de nuestra guerra civil, en sus hechos y sus errores para que la figura de los buenos y honrados patriotas, de uno y otro bando, no sea oscurecida, se les haga la justicia que merecen de la posteridad.

Debo pedir paciencia á los que tomen la molestia de leer estas rectificaciones, por la referencia de antecedentes de los que no puedo prescindir, á fin de esclarecer la verdad y no dejar visos de dudas.

La historia de los acontecimientos de nuestro país, deja de ser tal si se falsean los hechos para convertir en héroes á los que jamás fueron otra cosa que famosos criminales.

En la prosecucion de mi propósito, debo pues, trasladarme al teatro de los acontecimientos para hacer conocer á Baigorria, *alfe-rez del General Paz*, tal cual es, cuyo título ó gerarquía militar invoca á cada paso el doctor Zeballos, como si se tratára de una alta personalidad militar del bizarro Ejército Nacional, de oficiales distinguidos, honor de las armas argentinas, por su valor y lealtad á la causa que defendieron á las órdenes de aquel General.

Baigorria fué desleal y desertor del ejército del General Paz. Siempre buscó á los salvages de la Pampa para sus correrias. Con ellos estaba en su puesto, sirviendo de guia á las invasiones, de espia y de capitaneador de los indios que las formaban.

Solo torciendo la verdad histórica ha podido llamarse *héroe* al autor de los dramas mas sangrientos que registra esa página negra, donde están selladas con sangre inocente las escursiones de los bárbaros que por mas de tres siglos talaron nuestros campos, robaron y saquearon las poblaciones civilizadas, incendiándolas, asesinando y cautivando á sus indefensas moradores.

El caudillo de la Pampa, el aliado de las tribus ranquelinas, no puede ni debe figurar en la historia como un personaje noble y digno de ocupar el lugar reservado á los beneméritos de la patria.

Voy á probarlo, para hacer resaltar los juicios erróneos del doctor Zeballos y del General Sarmiento.

Escúchenme con paciencia y discúlpenme las redundancias y detalles.

En tiempo de Carreras, Pincheira y demás cristianos que estaban con los indios, el poder de éstos era invencible. Fortificados y adiestrados en las maniobras guerreras á su uzansa, como estaban, *podian* combatirnos con muchas ventajas. Sobre todo, en esos tiempos las armas de los ejércitos de la civilizacion, no aventajaban casi en nada á las de las tribus bravias de las Pampas.

Ellas tenían y manejaban la lanza admirablemente. Contaban con fráguas para componer el armamento que usaban además de la lanza.

Tenían platerías y hasta cuños para sellar moneda.

Una ocasión el cacique araucano D. Venancio Cañoepan, en una marcha que hicimos á la frontera en persecucion de su hermano Leumilla, me regaló un peso plata. Era de metal mas oscuro y sin cordón únicas variantes que lo diferenciaban del peso fuerte español.

Poderosos como los indios se consideraban en elementos de movilidad y en haciendas, habían formado importantes criaderos de ganados.

El General Rosas tuvo la idea de sembrar la discordia entre ellos para de esta manera hacer emigrar los cristianos que vivían en comunidad. Lo consiguió y puede decirse que desde entónces comenzó la decadencia del poder de los salvajes.

Los cristianos no podían vivir en medio de ese caos que sobrevino, considerándose poco seguros entre ellos.

Después de la batalla de *Quebracho Herrado*, ganaron nuevamente las tolderías varios cristianos, entre estos, Baigorria, Gorordo y los Saá, puntanos la mayor parte.

Los hermanos D. Juan y D. Felipe Saá, salieron de aquellas guardias y se presentaron al General Rosas, quien les regaló una cantidad de dinero, aconsejándolos se fueran á trabajar. Con ese dinero establecieron una casa de negocio en la sierra de San Luis, donde parecia vivían contentos, segun informes personales que me dió D. Pedro José Alvarez, vecino de Mendoza y amigo íntimo de los Saá.

El Coronel Gorordo, también abandonó los toldos, tomando parte al poco tiempo en la batalla de Caseros con el señor General Urquiza.

Así, y poco á poco fueron saliendo los demás, con escepcion de Baigorria, quien continuó viviendo entre los indios.

Segun los prisioneros tomados por mí, en las persecuciones que hice á los salvajes, Baigorria no tenía importancia alguna entre ellos, lo llamaban *Treguá* (perro) como apodo despreciativo, (textual). No tenía ningun ascendiente sobre ellos, y solo contaba con la proteccion

del cacique Pichum, viviendo cerca del toldo de éste. Antes de morir Pichum, se lo recomendó á su hermano el cacique Peiné, diciéndole: «Nunca me ha engañado este cristiano; es de buen corazon para nosotros».

Esto es todo lo que sabia Baigorria para los indios, dicho por ellos mismos.

Es de advertir que Baigorria viviendo entre los salvajes habia acentuado mas su carácter cervil, connaturalizándose con la vida nómada de aquellos, su lealtad consistia en guiar á los indios en sus malones sobre las poblaciones fronterizas. El sabia que su nombre no era ignorado en los destacamentos de la frontera, desde que á él se le culpaba de todos los crímenes cometidos por los indios, en los *malones* que nos daban, y á quienes, como digo, servia de guia.

Despues, contrajo matrimonio con una hija del cacique Coliqueo, siendo esta circunstancia lo que le diera ascendiente y valimiento entre la tribu. Desde entonces constituyóse en espía de su suegro, para las invasiones, sin dejar por esto de desempeñar el mismo papel en otras tribus, á las cuales acompañaba, para participar del botin.

Cuando fuí destinado á guarnecer y cuidar la frontera Sud de Santa-Fé, allá por el año 1842, se extremó con nosotros, matándonos 39 hombres y regresando triunfante á sus toldos.

Hasta hoy siento que en aquella sangrienta jornada no hubiese yo podido ayudar á mis compañeros sacrificados por las hordas de Baigorria.

A los 5 meses volvió otra vez á invadir con los indios, penetrando hasta distancia de 6 leguas del Rosario, en direccion del «Monte de Flores».

Esta vez me acariciaron con un balazo que recibí en la mano y se fueron triunfantes.

La responsabilidad de estos dos hechos sangrientos que por parte de los indios quedaron sin castigo, pertenece á otros y no á mí; primeramente al Coronel de esta provincia D. José Agustin Fernandez, bajo cuyas órdenes servia yo, no pudiendo comprometer combate sin su adquiescencia. En estas ocasiones puede decirse que no batió á los indios, porque no quiso.

No sé si fué á consecuencia de eso, que se me ordenó despues obrar independientemente de él.

El mal éxito de la defensa del segundo *malon* de los indios, cuyos destacamentos obedecían al mando en Jefe del Coronel D. Vicente Gonzalez, se debió á un engaño de los baqueanos de que fué víctima dicho Jefe, en las «Lagunas de Cardoso.»

Sirviendo pues, Baigorria de guia de los bárbaros, desde 1843 hasta 1851, fué siempre derrotado por los patriotas que tuve el honor de mandar dos ocasiones como Jefe de Banguardia en que mis soldados lo hicieron todo y otras veces mandando en Jefe, hasta que Baigorria y sus aliados invadieron la parte de frontera que yo guardaba, en número de mas de 900, entre indios y cristianos, contándose entre los últimos á Don Juan Saá y su hermano Don Felipe y otros ciudadanos de la Provincia de San Luis, con el plan de exterminarnos y llevar el valioso botin que estaban acostumbrados á hacer, y que esta vez como tantas otras, les quitamos.

Las fuerzas con que contaba para hacer frente á tan poderosa invacion no eran mas que 160 hombres, la mitad lanceros sin sable; la otra mitad armada de carabinas del tiempo de la conquista, es decir, de *pie*dra ó de *chispa*, como se las llamaba.

Con facilidad avancé con mis pocos soldados hasta donde el *Subteniente del General Paz*, quien me quiso sacar lejos por una retirada simulada.

Comprendiendo la celada que se me tendía, mandé hechar pié á tierra dentro de un corral de indios. Allí nos tuvo á su disposicion por mas de dos horas, hasta que *se le antojó que lo derrotasen completamente* mis compañeros una vez mas.

Por ese tiempo ya era Capitan de milicias y los que me acompañaban tambien milicianos. Servíamos en uno de los ejércitos al mando del General Rosas hasta que vino la batalla de Caseros donde terminó su administracion.

Despues de Caseros, ignoro de que manera hizo venir al *Subteniente del General Paz*; lo que sí sé es que pronto lo oí nombrar de Coronel de la Nacion.

Baigorria estuvo en la batalla de Cepeda, regresando con su tribu á su guarida en los toldos y arriándose cuanto animal pudo de la Provincia de Buenos Aires.

El General Urquiza no conocia quien era Baigorria, ni su ori-

gen ni conducta. Tampoco se daba cuenta de lo que era la guerra con los indios, ni lo que eran estos con sus intrigas y felonías. Fué por esto, sin duda, que creyó encontrar en Baigorria una personalidad ó una figura militar de gran importancia, para asegurar el bienestar de la frontera Sud, honrando las armas que el gobierno ponía en sus manos, para la defensa de los intereses de la patria.

El General Urquiza lo envió, pues, á Rio IV, entregándole el mando de un Regimiento, para entenderse con los demás indios del desierto, sin saber tampoco el General que tanto en esa frontera como en la de San Luis, Mendoza, Buenos-Aires y Santa-Fé, las poblaciones avanzadas cargaban luto todavía por las fechorías cometidas por los salvajes á quienes Baigorria dirigía en sus escursiones sirviéndoles de espía lo mismo que al cacique Coliqueo, su suegro, y demás tribus.

Muchos de los pobladores de nuestros campos que habian perdido sus deudos y sus bienes, se encontraban, pues, en el caso de rendir obediencia al autor de sus desgracias.

Fué desde entonces que se llamó á Baigorria con el título de Coronel, siendo siempre renombrado por sus crímenes, y por la posición que indebidamente adquirió despues.

Así continuó hasta que desempeñando siempre el papel de guía de su suegro, traicionó al Gobierno Nacional en combinacion con aquel. De temor de Mariano y Espumer Rosas, se vinieron á marchas forzadas hasta Junin, y de allí á la batalla de Pavon, obedeciendo á las órdenes del Sr. General Mitre.

En el folletin número 77 de la «Dinastia de los Piedra» dice el Dr. Zeballos lo siguiente:

«Baigorria al frente del Regimiento de Dragones núm. 7 de caballeria de línea, de la confederacion, y de un Regimiento de indios ranqueles, se corrió por la frontera y se reunió al ejército de Mitre que marchaba á Pavon.

«Oigamos á Sarmiento á propósito de la conducta de los dragones de Baigorria: Este tuvo la gloria en Pavon de ser el único cuerpo de caballeria que peleó con éxito, saliendo rendido del campo cuando el resto de la caballeria habia flaqueado por todas partes.»

Es inexacto lo que dice el Sr. Sarmiento; por malos informes sin duda, por cuanto él, (Sarmiento) no estuvo en la batalla de Pavon, segun paso á demostrarlo.

Sospechando yo la maniobra de aquella caballeria, me apresuré á decirle al Comandante Don Martin Charras, que estaba á mi lado: «Baigorria nos vá á llevar las caballadas, porque es lo que le gusta. Por eso vá retirándose de las balas.»

Esta sospecha me preocupó durante la batalla.

El General en Gefe habia colocado una fuerza entrerriana sobre la costa del arroyo. Yo no lo sabia, ni podíamos verla, apesar de que estábamos cerca de ella.

Cuando Baigorria creyó segura la presa favorita, que eran, como he dicho, las caballadas, le salieron al encuentro los valientes entrerrianos y trabaron combate.

Baigorria se portó regularmente á decir verdad.

Hízoles á los entrerrianos veinte muertos; pero con todo su Regimiento dió la espalda al valor y á la fuerza, poniéndose en desordenada fuga por la costa del arroyo hácia el Oeste, dejando á su retaguardia los dos ejércitos.

Despues que esto sucedió, recien se movieron las caballerias del costado izquierdo del ejército del General Mitre sobre nosotros, y cuando chocamos con ellos, Baigorria se encontraría lo menos á dos leguas de distancia del campo de batalla, segun los vecinos de la Cañada Rica, pequeña poblacion, por donde aquel bandolero habia pasado, tomando agua en algunas partes. De allí pasó á la estancia del Socorro, situada en el partido del Pergamino á ocho leguas lo menos del campo de la accion, donde se tomó el tiempo necesario para acabar una majada de cabras que se cuidaba dentro de un monte. En seguida y por una hábil evolucion estratégica traspuso mas tierra de por medio para distanciarse de sus compañeros de armas, que como se sabe, quedaron dueños del campo de batalla. Y á fé que lo consiguió sin equivocarse como se equivocó el que habló al General Sarmiento cuando por decir: *el primero que huyó* ha dicho: *el último que huyó!*

Con razon llevo dicho, que es mas fácil para un literato historiador aumentar ó disminuir honores sobre el papel, que á un militar ganarlos en el campo de la accion.

El Señor Sarmiento me obliga á hacer tambien otra rectificacion.

A continuacion de la que dejo rectificada, dice el Dr. Zeballos, en la parte del folletin donde se cita la autoridad de aquél, y refiriéndose á Baigorria en el Pergamino lo que sigue: «Sin su oportuna aparicion en el Pergamino, cuando el General Hornos hacia frente con 300 hombres á 700 mandados por Laprida, logra éste pénétrar en la campaña de Buenos-Aires, entregarla á saco, reuniendo á sus filas 10,000 dispersos armados que solo buscaban un centro y gefes para proclamar la federacion triunfante.»

Asi escribe el señor Sarmiento.

El General en Gefe Don Justo José de Urquiza, en aquella famosa batalla, se encontraba situado con sus edecanes á la derecha de su ejército, cuando apareció á la distancia una fuerza de caballeria bastante desprendida de la extrema izquierda del ejército enemigo. El General me pidió mis anteojos y miró. Al devolvérmelos dijo: Es caballeria.

«Han de ser los indios, le respondí.»

¿Por qué le parece? me interrogó.

Por que los han de situar en el flanco, señor.

El General guardó silencio.

Por la direccion que train, se conocia que venian con las mira de pasar el arroyo de Pavon, para situarse á retaguardia de nuestra extrema derecha, cerca de donde teniamos nuestras caballadas. Asi que bajaron á la cuenca del arroyo referido, no los vimos mas, por las ondulaciones del terreno que se interponia entre ellos y nosotros.

Voy á hacer un pequeño retrospecto por creerlo necesario para justificar lo que digo, porque me gusta referir los hechos desde su origen.

Algunos dias despues de la batalla de Pavon, hallándose nuestras fuerzas de caballeria acampadas en fracciones por los malos campos, y esperando órdenes del señor Presidente de la República, fui á pedir las del señor Brigadier General Don Benjamin Virasoro, quien se hallaba en el mismo campo de batalla. Mientras yo cumplia esta comision, el General se habia ausentado momentáneamente, pues andaba recorriendo el campo, y cuando lo esperaba llegaron los generales Don Ricardo Lopez Jordan y Don Juan

Saá, que venian del Rosario llevando órdenes del señor Presidente á quienes manifesté los temores que yo tenia de una sorpresa por el enemigo, el cual se encontraba á 4 y 6 leguas de nuestro campamento, y que dada la situacion en que nos hallábamos, triunfaria sin dificultad sobre nuestra Division, aunque con menos fuerza.

El General Lopez Jordan, teniendo en cuenta mi observacion, contestó que tenia razon; que comunicarian las órdenes que traian del señor Presidente, y que asi que regresase el General Virasoro todo se arreglaria. Contesté entonces al General, que para no perder tiempo se podia ordenar un concejo de los gefes que mandaban fuerzas, para obrar de acuerdo, que el General Virasoro no lo desaprobaria. Así se hizo.

Al cabo de algunas horas llegó este gefe superior; impuesto de lo que ocurría aprobó el procedimiento indicado por mí. Invitados los gefes al acuerdo, se formó la junta de guerra en consulta, presidida por el General Virasoro.

Los gefes en su mayor parte opinaron, de que se debía invadir á Buenos Aires por el Pergaminó, hasta el fortin de Areco, contando con el prestigio que por allí tenia el Coronel Don Baldomero Lamela.

Cuando esta idea predominaba ya en la mayoría, el general Lopez Jordan, me dirigió estas palabras: «Ud. no ha hablado nada, Coronel Arnold.

—Así es, le respondi.

—¿Qué le parece lo que se dispone?

—Mal.

—Le parece á Ud. mal?

Sí.

—¿Por qué?

—Por que vamos á cometer un grave error, en realizar el plan, dejando enemigos á nuestra retaguardia.

—¿Y cuál es su opinion al respecto?

—Sitiar á San Nicolás, y sin demora, desde el Arroyo del Medio hasta el de Ramallo, á una legua del pueblo, á caballo desencillado. En tres dias el General Mitre se queda sin víveres para sus fuerzas y sin caballadas. Si la infanteria intenta salir en bus-

ca de hacienda, nosotros y sus dueños se las retiramos; si la salida la hacen montados, los lancearemos, y el General Mitre se verá en la necesidad de concentrarse sobre Buenos Aires, y entonces iremos hasta el fortin de Areco y hasta San José de Flores si así se dispone.

Concluidas así mis observaciones, los Generales que me escuchaban guardaban silencio; no así los gefes subalternos, los cuales en mayoría, me derrotaron.

Mientras tanto se dió la orden de alistarnos para marchar al Pergamino,

Al día siguiente nos pusimos en marcha, después de reconocer por General, al Coronel D. Cayetano Laprida, siguiendo hasta el Arroyo del Medio, con la intención de llegar á ese punto sin ser sentido.

Hecho esto se ordenó campar y carnear. Nos hallábamos á 5 ó 6 leguas del pueblo.

La humareda que se levantaba de los fogones hechos por mas de 700 hombres, era el mas seguro aviso dado á los enemigos de nuestra presencia en aquel parage.

Mis temores no eran en vano como se verá.

Al cerrar la noche levantamos campamento y marchamos. Al despuntar la aurora del siguiente día estábamos cerca de las quintas del Pergamino. En tales circunstancias, el General Laprida llegó á galope hasta donde yo iba, y me dijo: «El enemigo nos ha sentido y está formando á la orilla del pueblo. ¿Qué le parece, que podemos hacer ahora?»

—Llevarles el ataque, así como vamos, le contesté.

—Así me gusta, replicó, y acto continuo se dirigió galopando á otra fuerza inmediata.

Así que aclaró un poco más, apercebimos los enemigos ya en formación á 4 ó 5 cuadras de nosotros.

Fuimos obligados á detenernos en nuestra marcha, por zanjas y tinales.

A la salida del sol, se oyeron los primeros tiros que partían de una guerrilla nuestra, mandada por el Capitan Don Bernardo Laprida habiéndose pasado á este oficial un soldado que dijo ser del Regimiento del Coronel Garcia (álias el Gato) agregando que

el General Hornos mandaba las fuerzas enemigas y que éstas no pelearian.

Así permanecemos sin disponer ni resolver nada definitivo.

La guerrilla suspendió sus fuegos, que, como queda dicho, había iniciado con algunos disparos, porque el enemigo mantenía en filas concentradas todas sus fuerzas, y nuestras caballadas permanecían por las quintas. El General Laprida, el Coronel Lamela y yo estábamos sentados al borde de una zanja observando al General Hornos, y hablando de él, cuando sentimos alarma en las caballadas y pronto llegó el parte de que una fuerza enemiga estaba entre ellas.

Supusimos que el General Hornos nos hacía llamar la atención por retaguardia para traernos el ataque por el frente, pues sus tropas permanecían por ese lado formadas á caballo y á pocas cuabras.

Laprida y Lamela quedaron en observación de los movimientos del frente, mientras que yo con veinte hombres me dirigía en dirección de nuestras caballadas, donde una fuerza enemiga se encontraba parada y en formación.

Cuando se apercibieron de nosotros á corta distancia, pues íbamos á galope y directamente hacia ellos, huyeron en orden por el camino de San Nicolás. En esa dirección los seguimos como una legua; como se alejaban cada vez más dispuse regresar. La fuerza perseguida era la del Comandante Zamora. En las caballadas ningún daño nos hizo. Incorporándome nuevamente al General Laprida, le di cuenta del resultado de la operación.

Nada se había alterado en nuestras fuerzas, todo estaba como lo había dejado.

El enemigo tampoco había operado variación alguna por lo cual llegamos á creer que no estaría dispuesto á tomar la ofensiva.

Mientras tanto, era llegado el tiempo de resolver, pues nada adelantábamos con la actitud que habíamos tomado.

Teníamos sitiado el pueblo con fuerza triple á la que lo guarnecía, y además vencedora.

El General Hornos estaba perdido, tenía poca jente, mal com puesta y acobardada por los mismos enemigos que tenían á su frente, de manera que les fué muy difícil escapar ni uno solo.

No podíamos atacar sin hacer la persecucion por las calles sin que las tropas promoviesen el saqueo, justamente todo lo que queríamos evitar. Estas dificultades nos mantenian sin la determinacion definitiva que ya se hacia esperar.

En tales circunstancias se nos comunicó la noticia de que se avistaba una fuerza que venia del lado de San Nicolás con el Comandante Zamora, con la mira de reforzar á los sitiados, lo que era en nuestro concepto difícil de realizar, pues aunque fuese mucho mas numerosa de lo que era, la haríamos pedazos antes de que penetrase al pueblo.

Sin embargo, dirigiéndome á Laprida y Lamela, les hablé en estos términos: «Dicen que Hornos es valiente y atrevido. Yo le dejaria entrar toda la fuerza de caballeria para que creyéndose así mas fuerte salga del pueblo á probar fortuna. Por mi gusto no debíamos atacarlo en el pueblo.»

Parece que le satisfizo mi idea y en ese concepto se ordenó dejar libre el paso á Zamora, y así entró sin que nadie le molestase.

Un poco mas tarde avisaron que por el camino de Rojas venia Baigorria al frente de los indios.

En virtud de esta noticia se ordenó se corriesen las fuerzas que sitiaban por ese lado para dejar libre el paso y así entró Baigorria libremente.

No pasaron muchas horas cuando se trasmitió el parte que por el camino del Salto venia otra fuerza á incorporarse como la de Baigorria con el General Hornos.

Se creyó fuera el Coronel Sanabria y tambien la dejamos entrar al pueblo sin obstáculo alguno.

Con todos estos refuerzos creíamos que el General Hornos tomaria la ofensiva saliendo fuera del pueblo y agrediendo nuestras fuerzas, pero lo esperábamos en vano hasta la apuesta del Sol.

Las cosas en este estado, hasta esta hora, no podíamos esperar mas allí, porque podia responder la actitud pasiva de Hornos á un plan oculto, en cuyo caso no debíamos descuidarnos mucho.

Predominando esta idea marchamos en direccion á la «Botija» distante tres leguas del Pergamino, y nos dispusimos á esperar allí al siguiente dia, contando con seguridad de que no dejaria el General Hornos de buscarnos para el combate.

Nada de esto sucedió, sin embargo, pues lo esperamos inutilmente hasta las doce del día.

Ya vé el señor General Sarmiento, como lo han engañado los que lo informaron sobre estos hechos.

Tanto el General D. Cayetano Laprida, como los gefes que estábamos bajo sus órdenes, no iban al Pergamino procurando *saco*, como queda demostrado.

El General Sarmiento ha sido tambien mal informado al afirmar que con solo la aparicion de Baigorria en el Pergamino, se habian contenido á las tropas sitiadoras *de penetrar en la campaña de Buenos Aires entregándola al saqueo*, sin acordarse sin duda, de que era el General Hornos quien encabezaba aquella resistencia, y que jamás se le puede comparar con Baigorria.

Cuando este entró al Pergamino, porque nuestras fuerzas se lo permitieron, traia ciento y tantos hombres entre indios y cristianos que venian dando la vuelta recien despues de la disparada de 20 leguas, que son las que, poco mas ó menos, hay de Pavon á Rojas. Ese era todo el poder de Baigorria que venia á encontrarse con de 700; los mismos que á sablazos los corrieron hasta Rojas.

Los militares podrán decir de parte de quien estaban las probabilidades del triunfo.

En cuanto á lo del *saco*, yo no puedo calcular la parte que le corresponde á Baigorria en ese género de industria. Pero bastará decir, que por espacio de 10 años, fué ese bandolero quien organizó y trajo las tribus indígenas como ha dicho el Dr. Zeballos: sobre la campaña de la Provincia de Buenos-Aires, Santa-Fé, Córdoba, San Luis y Mendoza. Su mision nunca fué, otra que matar, robar, incendiar poblaciones, cautivando familias y llevándolas, sin distincion de sexo ni edades, de los mas crueles sufrimientos y torturas.

¿Quién, repito, puede calcular las tragedias sangrientas de nuestras fronteras y la riqueza robada y destruida por aquella fiera, sin corazon ni sentimientos humanos?

Ese era sin embargo, Baigorria; el Baigorria á quien el doctor Zeballos dá una colocacion honrosa en la historia de los acontecimientos de aquella época.

Ese es el héroe del Dr. Zeballos. ¿Que deja para los grandes hombres de mi país!?

III

SUMARIO :—La escursion al Pergamino—Nuevo domicilio de Coliqueo, y Baigorria—Embajada de la Paz—Nahuel-Chú—El coronel Mitre—Justo Coliqueo—La sublevacion de 1857—El alferoz del General Paz—Alianzas supuestas—Pronóstico de la mujer de Coliqueo hijo—Muerte de ella—Asesinato de la mujer de Coliqueo padre—Consecuencia de este hecho—D. Antonio Arnold—El Sr. Sarmiento y sus inexactitudes—Paralelo entre los buenos servidores y Baigorria—Conclusion.

No quiero terminar estas rectificaciones sin esclarecer otro punto de la historia sobre invasiones de indios.

Despues de la escursion de los indios al Pergamino que tuvo lugar allá por el año de 1857, estando yo en las puntas del arroyo del medio, recibí una comision de indios, que me traia una carta y un poncho del cacique Coliqueo, como ya he dicho, suegro de Baigorria, procedente de las «Taperas de Diaz», en Junin, donde vivian ya. La comision la componian: Pancho, el hermano de Coliqueo, Ignacio, el hijo de este, su yerno el Platero y otros mas.

La mision que los traia era decirme, «que despues de tanto que habiamos combatido querian ser amigos, y que en prueba de su buen corazon me mandaba Coliqueo el poncho hecho por su primera mujer, el cual teniéndolo puesto ningun indio de su gente me mataria.»

Permanecieron diez dias en mi casa; despues se fueron y volvieron al poco tiempo, á llevar yeguas y potros, por que segun

decían, los ranqueles los habian dejado á pié; hecho lo cual regresaron.

Durante permanecieron en mi campo les pregunté con interés y por repetidas ocasiones, quien mandaba el *malon* que trajeron al Pergamino, y me contestaron en esta forma:

—El cacique Nahuel-Chù.

No fué, pues, Coliqueo, como dice el Dr. Zeballos refiriéndose este hecho al que lo capitaneaba.

Variando mis preguntas les interrogué en seguida, así:

—¿Marcharon de Melincué la noche que llegaron al Pergamino?

No, *camapú* (mas lejos) me contestaron:

—Esto prueba que no refrescaron sus caballos en ese fortin, como dice tambien el Dr. Zeballos.

—¿Qué intencion continué, los trajo al Pergamino?

—Amanecer en la plaza para conducirlo.

—¿Y porque no lo han hecho?

—Porque Nahuel-Chù, que mandaba, esperando el dia, se habia dormido en la orilla del pueblo y cuando despertó, los indios andaban á una cuadra de la plaza haciendo abrir las puertas de las casas y sacando las familias y cuanto habia.

Los ha peleado el Coronel Mitre!

—Muy poco.

—Los ha perseguido mucho.

No.

—Han llevado muchas haciendas y cautivas?

—Sí.

El coronel D. Emilio Mitre se encontraba á la sazón distante 6 á 8 leguas del Pergamino, y á vanguardia de los indios en lugar preciso por donde estos debian efectuar su salida, con una division de las tres armas y con caballadas descansadas. El Dr. Zeballos en su folletin dice, sin embargo lo siguiente:

«Despues de batidos los bárbaros por el coronel Mitre, se replegaron y reunieron al amparo del mismo fortin. (Melincué).

Esta manera de expresarse del jóven ilustrado historiador, me hace traslucir el predominio de la pasion.

Dice que fueron batidos los bárbaros por el Coronel Mitre, y sin embargo, no habla de ningun muerto ni herido de parte de

los indios, pero tampoco de los cristianos. Agrega que se retiraron los salvajes con un arreo de *cuarenta mil cabezas*, y no dice cuantas de éstas les quitaron cuando los batió la division Mitre; que se replegaron y recibieron al *amparo* del fortin «Melincué,» y no dice por qué el Coronel Mitre no los atacó allí, ó mas adelante donde los límites de las provincias no se conocian entonces por esos rumbos, apesar de tener el Coronel referido, una fuerza invencible por su número, y estar perfectamente bien montada, por cuanto ni la tropa ni sus cabalgaduras habian trabajado por detener á los invasores, y eso, que éstos se llevaban esa gran masa de hacienda, compuesta de 40,000 animales, que no he visto juntos yo nunca. Como se comprende, imposible debió ser, escapar con tan pesado arreo, del alcance de sus perseguidores, si efectivamente así hubiera sucedido.

Ya vé el Dr. Zeballos, como los hechos verdaderos han sido desfigurados en sus fragmentos históricos, tanto en esta parte como en la de Baigorria, á quien califica de *héroe* antes de estar con el General Urquiza, ignorando que despues de estar al servicio de la Confederacion, fué quien mas auxilió á los indios con fuerza armada, para que perpetraran sus escursiones.

Si pues; cuando traicionó al General Urquiza y á su gobierno es precisamente cuando los escritores posteriores pretenden elojiarlo; cuando en aquel sanguinario aventurero no caben elojios sinó anatemas, apelando para lo primero, á inexactitudes del General Sarmiento, sin recordar que pesan sobre Baigorria diez años de crímenes, de sangre y de luto, mantenidos por él en alianza con los bárbaros de las pampas.

No es mi intencion atacar ni defender á nadie y por lo tanto deseo únicamente que respandezca la verdad de los hechos que ya pasaron, y que la posteridad debe juzgarlos y apreciarlos en tales condiciones.

Respecto al Sr. Coronel Don Emilio Mitre, hoy Teniente General, que fué tambien actor en los acontecimientos que refiero, lo he visto una sola vez en Pavon. Jamás cambié con él ni una sola carta; sin embargo, he simpatizado y simpatizo con su persona.

Tampoco conozco personalmente al Sr. General Sarmiento, ni al Dr. Zeballos.

Dicho esto, prosigó con mis rectificaciones.

Refiriéndose al cacique Justo Coliqueo, dice el Dr. Zeballos: «Justo Coliqueo, el mas redomado caciquillo de la barbárie, gefe de Rosas, aliado de Buenos Aires, sublevado en 1857 en la frontera del centro de esta Provincia, donde vivia reducido á la cristianidad, habia aconsejado al General Urquiza las negociaciones con Baigorria como representante de los indios.»

No fué, doctor Zeballos, Coliqueo quien aconsejára al General Urquiza las negociaciones á que se refiere. Fué *al alférez del General Paz*, el célebre Baigorria, á quien le cupo esa gloria, y tan cierto es esto, que fué *el alférez* quien trajo las repetidas invasiones que tuvieron lugar por aquella época, dejando regueros de sangre y desolacion.

Entre el cúmulo de inexactitudes, tenemos todavia que señalar otra.

El doctos Zeballos en su empeño de atacar á Rosas, cuadre bien ó mal, con razon ó sin ella, se ciega de tal modo incurriendo á cada paso en errores que podian dispensarse en un niño que no tiene nociones de la historia de su pais.

Justo Coliqueo era hijo de Ignacio Coliqueo, suegro del *héroe* del doctor Zeballos, como ya queda dicho, y no habia nacido en la época en que ya Rosas no tenia poder, pues, si entonces existia debió ser un niño. Así mal podia ser gefe de Rosas y menos aliado de Buenos Aires.

No recuerdo tampoco que esa heróica Provincia haya tenido alianzas con ese cacique en el tiempo de Rosas, ni menos en 1857.

Ya he dicho que en tiempo del Gobierno del General Urquiza, el hijo del cacique Coliqueo junto con el padre vivian en las «*Ta-peras de Diaz*,» distante ocho ó diez leguas de Junin.

Un dia estando enferma la mujer de Coliqueo (hijo) y estando próxima á morir le dijo: «La mujer mayor de tu padre tiene la culpa de mi muerte (*gualichu*).»

Coliqueo le contestó: «Bueno, muere no mas, que ella tambien va á morir.»

A los pocos dias de haber fallecido, fué Justo al toldo de su padre y en su presencia asesinó á la culpable.

A consecuencia de este hecho se fueron á las armas todos los

indios de la tribu; la mitad de ellos á favor del viejo Coliqueo, y la otra mitad en defensa del hijo de aquel.

Con alguna dificultad pudo evitarse un desenlace sangriento, en virtud de haber convenido entre los mediadores que Coliqueo (hijo) viviese lejos del padre.

Al fallecimiento de éste aquel acaudilló la tribu.

Estos datos los tengo de fuente muy pura como lo fué en ese caso D. Antonio Arnold, y tambien por otros que como él vivian entonces entre los indios.

El doctor Zeballos indudablemente no está al cabo de estos detalles, que pocos conocen; y si alguna idea de ellos ha tenido, ha prescindido por completo para inmortalizar el nombre de Baigorria y atacar siempre á don Juan Manuel Rosas y á los hombres que le sirvieron, aunque para ello halla sido necesario falsear la historia, amparándose para el efecto en las referencias erróneas de historiadores como el General Sarmiento.

En verdad parece imposible, que un gefe de la graduacion del General Sarmiento, incurra en errores tan diformes, apesar de haber conocido bien á todos los hombres que desempeñaron cargos y funciones públisas en esa época.

Sus errores vienen á perjudicar de una manera positiva á las generaciones nuevas, formándose conceptos equivocados respecto del verdadero papel que desempeñaron en las luchas políticas del pasado.

El General Sarmiento se conoce que habla influenciado por la pasion política, siendo injusto en sus apreciaciones.

Pese de un lado la honorabilidad de los que hemos servido por largos años á la patria en la carrera de las armas desde las primeras graduaciones como el General D. Cayetano Láprida y los Coroneles D. Baldomero Lamela y el que suscribe, y compárelos ó equilíbrelos con el Coronel, (por aberracion) Don Manuel Baigorria, bajo el punto de vista de los beneficios que ellos han hecho al pais, defendiendo sus intereses de las garras de la barbárie, á la que perteneció siempre el último. Pregunte: qué principio político defendió éste en diez años de aprendizaje entre las tribus indómitas y ladronas de la Pampa, donde se hizo tan práctico en las correrias, que aventajó á sus maestros, alentándolos en

sus vandálicas escursiones sobre la estensa frontera Sud de la República; si obtuvo otros triunfos que los propios, de los salvajes coronados con el crespon de los inocentes y empapados en su sangre, iluminados por las llamaradas de los incendios, donde reducian á cenizas el hogar de los pobladores civilizados de la frontera, sus fortunas y la existencia de sus moradores, si sus camaradas recorrieron otros campos que las fronteras de Buenos Aires, Santa-Fé, Córdoba, San Luis y Mendoza para hacer mensual ó quincenalmente su botin á costa de las lágrimas y del martirio de tanta víctima; y por último, que le pregunte porqué le combatió y derrotó siempre el entonces capitán Arnold, durante los nueve años que tuvo á su cuidado la frontera Sud de Santa Fé, con orden terminante á sus soldados que perdonasen la vida á todo prisionero que cayera en sus manos de las tropas de Baigorria, ménos á éste á quien debian traerlo muerto si alguna vez conseguian atraparlo.

He ahí, pues, al héroe del General Sarmiento en la batalla de Pavon; hé ahí al héroe del Dr. Zavallos en su fragmento sobre la «Dinastía de los Piedra» colmado de elogios y de frases atenuantes como esta: «No era sanguinario, ni codicioso, ni ladrón, héroe etc., etc.»

Después de todo esto, y por honor de los oficiales del ejército argentino á que pertenecemos, puede el General Sarmiento y el señor Dr. Zavallos, mas competentes que yo, decir con la imparcialidad que corresponde al hombre honrado y caballero: ¿Cuánta distancia separó al Coronel D. Manuel Baigorria para llegar al banquillo, allí donde se han sentado tantos desgraciados que no alcanzaron la magnitud de sus horrendos crímenes?

Ellos, como argentinos, deben haber sentido esa agitacion nerviosa de indignacion que produce en el corazon, la traicion y el crimen.

Baigorria habia recorrido todas las escalas del crimen, de suerte que su corazon estaba ya empedernido y sus sentimientos amortiguados y habituados á los horrores.

En mi retiro tranquilo y silencioso, no tuve la mas remota idea de ocuparme de acontecimientos históricos que se relacionan con mi vida pública; pero habiendo aparecido reflejos torcidos de ella en la «Dinastía de los Piedra» diseñados por la pluma del Dr. Ze-

ballos, donde campea tambien la palabra del General Sarmiento no podia ni debia dejarlos en pié, sin admitir el error y la pasion como dignos reflectores de los acontecimientos cuya memoria ha de pasar á la posteridad.

Concluyo aquí estas rectificaciones, esperando que el sentimiento de justicia que las inspira, sea la única que refleje en la forma y el fondo de estas líneas.

PRUDENCIO ARNOLD.
